

**DE NUEVO A LA PALESTRA EL RECALCITRANTE
ENEMIGO DE QUEVEDO
LUIS PACHECO DE NARVÁEZ**

Por *Dámaso Chicharro*,
Universidad de Jaén
Instituto de Estudios Giennenses

RESUMEN

RESEÑA del libro de Aurelio Valladares Reguero, *Peregrinos discursos y tardes bien empleadas*, de Luis Pacheco de Narváez, publicado por EUNSA, Ediciones Universidad de Navarra, S. A. Pamplona, 1999.

POCAS veces tenemos ocasión de ocuparnos de un libro que nos produzca mayor satisfacción, pues se trata nada menos que del descubrimiento para la crítica y para el público no especializado de una obra hasta ahora inédita del famoso autor baezano Luis Pacheco de Narváez, más conocido en las historias de la literatura por sus relaciones con Quevedo –no precisamente amistosas– que por su propia obra de creación, con no ser ésta menor ni mucho menos. Estas tormentosas relaciones dieron lugar a toda una compleja trama de insultos y «abyecciones» –por una y otra parte– que no terminaron sino con la muerte de ambos. Como es de sobra sabido, esta relación tumultuosa –*stricto sensu*– fue objeto de atención prioritaria por todos los especialistas en Quevedo, que con particular delectación se empeñaron por sistema en señalar las «necedades» del baezano y las «virtudes», por contraste, del ínclito Quevedo. Hoy esta posición –tan denigrante para Pacheco– es mucho más matizada por los críticos y, en aras de

la justicia histórica, no parece que haya que resaltar con tanto detalle los episodios en los cuales se manifiesta lo más negativo del baezano, como hasta ahora se ha venido haciendo, pues su figura se nos aparece en los últimos tiempos como un personaje bastante menos vilipendiable y algo menos dado a la eutrapelía formal contra corriente.

En los últimos tiempos ha venido a poner las cosas en su sitio sobre la verdadera naturaleza de esta relación una imprescindible y monumental monografía de nuestro compañero y amigo Pablo Jauralde Pou (**Francisco de Quevedo, 1580-1645**, Madrid, Castalia, 1998), donde se dedica un apartado específico al estudio de Pacheco de Narváez y sus complejas relaciones con Quevedo, que ocupa las páginas 193-196 de su espléndido trabajo, además de una serie de alusiones en otros momentos de su monumental obra.

Ahora bien, Aurelio Valladares, ya comprovinciano de adopción y de vocación, ha coadyuvado no poco a esta tarea al editar una obra que, si no absolutamente desconocida, puesto que figuraba en la famosa **Junta de libros** de Tomás Tamayo de Vargas, sí que permanecía inédita desde el momento mismo de su composición en pleno siglo XVII, careciendo por tanto de estudio y consiguiente valoración, pues ningún especialista en Quevedo, de los que tanto abundan, había emprendido la búsqueda sistemática de la obra de Pacheco, aun conociendo su importancia por referirse tan pormenorizadamente a la conocida **Política de Dios** del madrileño universal. Se echaba de menos este libro. Y, en efecto, Valladares, con una voluntad tesonera y un afán de investigación que debemos siempre agradecer, ha ido recabando poco a poco informaciones, uniendo datos, atando cabos de aquí y de allá, aprovechando alusiones perdidas, hasta llegar al descubrimiento efectivo del libro, cuya existencia –repito– era conocida, pero que jamás se había tenido en las manos impreso, y, consecuentemente, no se había estudiado, valorado ni editado. Se hablaba –cuando se hacía– de oídas. Ahora se hace –y con especial ponderación– con el soporte espléndidamente impreso de este precioso ejemplar que tenemos sobre la mesa para sano disfrute.

En efecto, hace algunos años, Valladares conoció la existencia de este libro y por la personalidad de su autor, baezano como sabemos, nacido hacia 1570 y fallecido en diciembre de 1640, se decidió a buscar el texto, se hallare donde se hallare, pues así completaba su estudio sobre el maestro de armas. Tuvo la suerte y la recompensa a su denuedo (en la investigación hay que tener suerte, en efecto) de encontrarlo donde menos cabía suponer:

precisamente en la biblioteca del Centro Cultural de los Ejércitos, sita en el número 13 de la Gran Vía de Madrid. Allí, a finales de febrero de 1997, tras búsquedas bien orientadas, encontró el citado manuscrito, perfectamente alineado en los anaqueles dormidos de aquella vetusta y poco frecuentada biblioteca, como cadáverpreciado entre tantos otros que duermen el sueño de los justos en estas instituciones, esperando, como Lázaro, la voz o la mano que los pongan en pie y les den vida nueva.

Evidentemente, este hallazgo era algo más que una noticia local baezana o provincial giennense, aunque tanto afecta a la cultura de Jaén. Se convirtió en algo verdaderamente decisivo en la investigación no sólo de Pacheco sino muy en especial de Quevedo, porque la obra en cuestión trata ni más ni menos que de comentar, criticar, rebatir y, en el fondo, denigrar una de las más grandes creaciones quevedescas: la **Política de Dios** nada menos. Es un estudio, pues, en el cual el enemigo de Quevedo, valiéndose del acreditado soporte del diálogo, género tan prestigiado en los siglos XVI y XVII, va rebatiendo, comentando, matizando o parodiando, una por una, las afirmaciones que a su juicio lo merecen de uno de los libros más importantes del autor. Me refiero, como he dicho, al consabido **Política de Dios, Gobierno de Cristo y Tiranía de Satanás**. Y ello es así, hasta el punto de que a veces aparece el libro de Pacheco en las citas al uso, no con su título real (**Peregrinos discursos y tardes bien empleadas**), sino con el que hace referencia a la **Política de Dios**, de modo que se le conoce también como **Peregrinos Discursos contra la Política de Quevedo**. Hasta ahí se llega: la temática se ha subido al título, descabalgando incluso al que su autor le confirió.

Valladares dio noticia de este hallazgo primero en una revista de carácter local, **Senda de los Huertos**, donde apareció su colaboración con el siguiente título: «Guerra literaria entre Pacheco de Narváez y Quevedo: Descubrimiento de una obra desconocida del baezano» (**Senda de los Huertos**, Jaén, núms. 43-44, 1996, págs. 141-156) y, posteriormente, ya en una revista de mayor relevancia nacional-internacional (me refiero a **La Perinola**, revista de investigación quevediana de la Universidad de Navarra). Allí apareció su estudio «**Peregrinos discursos y tardes bien empleadas**, una obra desconocida de Pacheco de Narváez contra la **Política de Dios** de Quevedo» (Universidad de Navarra, núm. 1, 1997, págs. 237-256). Recientemente, el mismo profesor Valladares, insistiendo de nuevo en idéntico asunto, nos ha sorprendido gratamente con un estudio que estimamos definitivo y que ha aparecido, con toda suerte de pronunciamientos favorables,

en nuestro **Boletín del Instituto de Estudios Giennenses**. Me refiero al titulado «Luis Pacheco de Narváez, apuntes biobibliográficos», con el cual creo que, por ahora, se cierra un capítulo importante de su fecunda investigación.

Como decía, a veces es la casualidad o el azar puro, pero también son el olfato del investigador, el esfuerzo y la paciente búsqueda por aquellos lugares donde razonablemente «podría estar» los que permiten encontrar algo perdido y valioso, de cuya existencia tenemos noticia, pero que nadie se había tomado la molestia de buscarlo con la ansiedad y el entusiasmo con que trabajan los verdaderos eruditos profesionales. Se es poeta –o erudito–, parodiando a Lorca, por la gracia de Dios y por la gracia del esfuerzo y de darse cuenta exactamente de lo que es un poema o un libro raro. Y así, esta obra de Narváez, **Peregrinos discursos y tardes bien empleadas**, yació –nunca mejor dicho– en los surtidos anaqueles de ese Centro Cultural de los Ejércitos, sin que en 350 años ningún entendido en la materia o conocedor de su valor hubiera reparado en ella. Sólo este dato sería suficiente para insertar a Valladares en la nómina de los grandes investigadores y de los grandes eruditos, no locales sino nacionales, porque, a la altura del año 2000, todavía ha dado a la luz una obra inédita y «desconocida» de Luis Pacheco de Narváez, enormemente relacionada con la producción literaria de Quevedo, pues ni más ni menos que refuta, página por página, afirmación tras afirmación, con una erudición que hoy desconocíamos en Pacheco, la famosa **Política de Dios** del autor madrileño.

A partir de ahí y después de constatar el hallazgo y los agradecimientos de rigor, Valladares nos sumerge para personal disfrute en una profunda y documentada Introducción, que ocupa más de 50 páginas, donde traza la biografía de Pacheco de Narváez, con datos inéditos, pergeñando la personalidad del que fue maestro mayor de las armas del rey, reconocido por todos como auténtica autoridad de su momento en la materia y que hoy está absolutamente abandonado. Valladares traza una serie de hipótesis acerca de la fecha de nacimiento de Pacheco, con datos de primera mano, aunque ninguna de ellas le termina de satisfacer y, en última instancia, acaba por situar a nuestro autor, ampliamente, «en la Baeza de 1570», entonces en la plenitud de su desarrollo material e intelectual. La serie de documentos publicados en su momento por Pérez Pastor –y que nuestro autor relaciona y analiza con pormenor– son de verdadero interés.

El análisis que realiza de los libros de Pacheco es riguroso y pertinente, entre ellos el **Libro de las grandezas de la espada o Las cien conclusiones**, de 1608, que motivó el famoso incidente entre Pacheco y Quevedo, contado primeramente por el biógrafo de éste Pablo Antonio de Tarsia; así como la inserción genérica o la estimación técnica del libro, que constituyen otros tantos hitos fundamentales de su estudio. Importa, asimismo, la exhaustiva relación, esquemática y por orden cronológico, de los documentos hallados y divulgados por los investigadores anteriores, que Aurelio Valladares valora y aprovecha convenientemente, y de los que extrae cumplidas noticias para terminar de redondear el conocimiento de personalidad tan poliédrica; así como la relación de las obras inéditas del baezano, comenzando por **Peregrinos discursos y Nueva ciencia y filosofía de la destreza de las armas**, obra ésta que sería publicada varios años después de la muerte de Pacheco, o sea, en 1672, gracias a los esfuerzos de Manuel de Sousa, transcurridos ya, como digo, algunos años, que no pasaron en balde, lo que demuestra la vigencia que seguían teniendo estos libros a los ojos de los hombres del XVII.

La Introducción es verdaderamente ejemplar en todo momento, porque el autor procede con una honradez intelectual poco común. Nos ofrece como ciertas las noticias que pueden darse como definitivas, los aspectos que están totalmente estudiados y aclarados por él o por otros, y nos deja los caminos abiertos, sin ocultaciones de las tan frecuentes en la investigación, para que quien quiera continuar, pasado el tiempo, pueda saber por dónde hay que moverse de nuevo en tan compleja temática y lo que este autor representa; personaje, por otra parte, hoy con escasa fama, como hemos dicho, pero que en su momento recibió los parabienes de escritores de la talla de Lope de Vega, Vélez de Guevara, Ruiz de Alarcón, Montalbán, Valdivielso, Suárez de Figueroa, Calderón de la Barca y tantos más, acaso de menor talla entonces, como el malagueño don Juan de Ovando y Santarén, hoy sin embargo, tan reconocido tras los estudios de Cristóbal Cuevas García.

El hecho es que nos encontramos ante un trabajo erudito verdaderamente modélico, por lo que demuestra, por lo que calla y por lo que honradamente afirma desconocer, que analiza y recoge los manuscritos y ediciones completas, desde **Las cien conclusiones**, su obra tal vez más conocida, hasta los **Principios geométricos, conclusiones y formas de saber de la verdadera destreza de las armas**. No olvidemos que la «gran especialidad» de Pacheco de Narváez era ésta (la esgrima) y que con sus compa-

ñeros de profesión hubo de luchar, no a brazo partido, pero sí mediante abundantes pleitos, que le produjeron bastantes sinsabores profesionales y humanos que Valladares relata y valora con toda destreza. Nos habla luego de los libros impresos, del **Compendio de la filosofía y destreza de las armas**, del **Modo fácil y nuevo para examinarse los Maestros en la destreza de las armas**, del **Engaño y desengaño de los errores que se han querido introducir en la destreza de las armas** y, en general, en tantos y tantos tratados que hoy permanecen desconocidos para la mayoría, como el estudio y la obra que aquí se edita: **Peregrinos discursos y tardes bien empleadas**.

El trabajo ecdótico propiamente dicho de Valladares comienza por la descripción del manuscrito, el número 70 de la biblioteca del Centro Cultural de los Ejércitos, su análisis pormenorizado, y concluye con su valoración literaria, tras el estudio del género, la estructura, los personajes, su inserción en la forma dialogística, tan reconocida en los siglos XVI y XVII, haciéndonos ver cómo el recurso de los cinco peregrinos que viajan a Santiago de Compostela era entonces más que conocido, pero Pacheco le insufla una cierta originalidad al emplearlo para exponer sus propias opiniones sobre la **Política de Dios**, a la cual –no hará falta decirlo– se trata de denigrar a toda costa.

Se aportan y defienden claramente –dice el autor– por parte de Pacheco de Narváez argumentos de todo tipo, en un derroche de erudición para rebatir la obra de Quevedo a toda costa. El contenido, que es muy denso, se cifra en los diálogos de varios peregrinos que, cada uno a su manera, van desmontando los argumentos quevedianos, contenidos y defendidos con rigor y altura en la **Política de Dios**. Y lo hace con un conocimiento y con una erudición verdaderamente admirables, acaso impropias de un maestro de esgrima por formado que fuere, lo cual lleva a Valladares a suponer que Pacheco hubo de contar, probablemente, con la asistencia y colaboración de algún estudioso, un conocedor profundo de la Biblia, que habría de proporcionarle los argumentos pertinentes para rebatir los textos quevedianos. Se aprecia, por las palabras que Pacheco pone en boca del humanista, cómo se trata de enfrentar a Quevedo contra el rey Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares, en un momento especialmente delicado para el autor madrileño, ya que estaba preso en el convento de San Marcos de León, acontecimiento aquél que posiblemente sea anterior y, por tanto, conocido ya del baezano cuando redactaba la parte final de su libro. En el contexto de la obra subyace –no hay que decirlo– la irreversible enemistad entre Pacheco y Quevedo, que ya se había

manifestado públicamente en todo tipo de sucesos, los cuales habían sido motivo de hablillas en la Corte y que habían dado lugar a todo tipo de posturas, a favor y en contra. No habrá que decir que entre aquellos contemporáneos suyos la mejor parte la llevó Quevedo, aunque Pacheco contó con las adhesiones que hemos citado antes y que no eran precisamente «menores».

Quedan todavía algunas cuestiones que deberían plantearse, aunque a veces sea moviéndose en el campo de la hipótesis, tal como hace el autor. Por qué no llegó a publicarse esta obra es la principal de ellas. Podría pensarse –nos dice– sin faltar a la lógica que tal vez ello estuvo motivado porque el libro no consiguió superar, debido a su contenido, alguno de los muchos trámites burocráticos que se exigían entonces para la publicación. Acaso algo debió de faltar, como parece desprenderse de las notas que figuran en la hoja de los preliminares, que, sin duda, son posteriores cronológicamente a la aprobación y censura ya concedidas. Aunque estima Valladares que tal vez no fue sólo ésta la causa, máxime cuando ya contaba con dos aprobaciones y con una censura favorable. Tampoco sería la penosa prisión de Quevedo. La única razón que encuentra plausible –aun en el campo de las hipótesis– es la muerte del autor, sobrevenida, como sabemos, el 5 de diciembre de 1640. «Es presumible –dice Valladares– que la enfermedad que terminó con sus días, sobre todo, teniendo en cuenta su avanzada edad, le afectara seriamente desde algún tiempo antes y le impidiera realizar las últimas gestiones para la impresión de la obra». Con toda probabilidad, así debió de ser.

Desde el punto de vista literario actual, la valoración de la obra en sí no es muy positiva, pues no aporta grandes novedades a la prosa del siglo XVII; pero el solo hecho de que se haya descubierto y editado texto de autor tan relevante es más que suficiente para apreciarla en justicia. Añádase a ello algo que habremos de agradecer siempre a Valladares: la perfecta selección de una espléndida bibliografía, tanto sobre Pacheco de Narváez como sobre otras obras citadas a lo largo del texto, que se completa de camino con una amplísima bibliografía de la conexión Quevedo-Pacheco. Verdaderamente los que cita son trabajos modélicos y espléndidamente seleccionados, hasta el punto de que estamos por decir que se trata de lo más valioso, con serlo todo, de esta fundamental edición. Las notas que acompañan al texto, a la edición de **Peregrinos discursos y tardes bien empleadas**, son sobrias, suficientes, eruditas hasta donde procede y técnicas, constituyéndose en un modelo de

edición ecdótica o filológica estricta, tal como hoy se entiende que debe hacerse desde la perspectiva de la filología más avanzada en métodos.

No hay sino agradecer a Aurelio Valladares que nos ofrezca un libro «nuevo» en el ya amplísimo acervo de la prosa barroca, que permanecía inédito desde el siglo XVII y que hoy podemos disfrutar a todo nuestro sabor: los **Peregrinos discursos y tardes bien empleadas**, del autor comprovinciano, hoy algo más reconocido gracias a este trabajo, que fue don Luis Pacheco de Narváez.

Si hubiéramos de ponerle algún mínimo reparo –que siempre debe hacerse en una reseña– éste sería tan menor que apenas merece ser formulado. Se trata de un levísimo reproche formal, que encontramos hacia la mitad de la página 40, en que se cuele una tilde («en la redacción de éste último»), donde aparece «este» con tilde, que probablemente se deba a un simple descuido material a la hora de corregir las pruebas. Por lo demás, el libro está pulcramente editado y para cualquier erudito –y para cualquier giennense, qué duda cabe– constituye una verdadera aportación que, como suele suceder casi siempre, viene de quien ya ha realizado muchas a la cultura de nuestra tierra, que para él lo es de adopción. Pensemos que desde 1984 Aurelio Valladares Reguero viene dedicando sus esfuerzos investigadores a la provincia de Jaén, fruto de lo cual son sus libros **Úbeda en el Quijote** (1986), **Guía literaria de la provincia de Jaén** (1989), **Temas y autores de Úbeda, ensayo bibliográfico** (1992), **La emigración jiennense a las Indias en el siglo XVI** (1994), **El poeta linarense Pedro de Padilla, estudio biobibliográfico y crítico** (1995), además de sus numerosas contribuciones en revistas locales y nacionales, entre las que destacamos, por lo que a nosotros respecta, las muy variadas que incluye en este mismo **Boletín del Instituto de Estudios Giennenses**, el cual cuenta desde hace años con sus constantes y valiosas aportaciones.